

Comentarios a los procesos de aculturación en el Tawantinsuyu *

Miguel RIVERA DORADO
(Universidad Complutense de Madrid)

Este ensayo pretende ser una reflexión sobre la problemática del contacto cultural desencadenado en gran escala por la rápida expansión de los ejércitos incaicos en el área andina, y la posterior consolidación del mayor imperio que conoció la América prehispánica.

Ya hemos señalado en otro lugar (Rivera, 1975) la necesidad que tiene la Arqueología de incorporar a sus planteamientos teóricos los análisis y resultados obtenidos por los etnólogos del estudio de las situaciones de contacto entre culturas actuales. Decíamos entonces que el fin último de una investigación arqueológica en este campo temático debía ser la elaboración de modelos de difusión-aculturación que, recurriendo a una orientación hipotético-deductiva, llegaran a convertirse en leyes sobre el comportamiento sociocultural. Para ello se seguían varias etapas, que pueden resumirse así:

1. Descubrimiento de los *síntomas* o huellas de posibles procesos de difusión-aculturación, por lo general a través de semejanzas morfológicas en la cultura material.
2. Elaboración de una hipótesis sobre el sentido y alcance de esos procesos, con especificación de las unidades culturales implicadas y la cronología que sitúa temporalmente el contacto.
3. Aplicación sistemática de un esquema metodológico con el fin de construir un patrón sobre la probabilidad de determinados resultados en el caso de la situación de contacto estudiada. Este esquema

* Una primera versión de este artículo fue publicada en la *Revista del Instituto de Antropología*, t. VI, págs. 105-110, Córdoba (Argentina), 1979.

debe aclarar: *a)* la capacidad adaptativa del grupo expansivo al medio ambiente del grupo receptor; *b)* el grado de equilibrio del ecosistema receptor y la probabilidad de trastornos de cierta envergadura, explicitando el alcance y naturaleza de los mismos; *c)* el grado de opcionalidad de cada uno de los grupos ante los estímulos al cambio: situaciones de fuerza, degenerativas, etc.; *d)* el análisis comparativo de la organización económica, social, religiosa y política de ambas culturas, de la tecnología y realizaciones materiales, señalando las posibilidades de ajuste o disolución en la situación de contacto. Este análisis será más detallado en los segmentos en que se pretenda que inciden con más fuerza los procesos.

4. Construcción de un modelo predictivo-teórico de los resultados probables del contacto, según las variables manejadas.

5. Verificación de este modelo en el registro arqueológico, según los procedimientos lógicos habituales.

6. Explicación, por medio de una hipótesis con forma de ley, de las desviaciones observadas.

Uno de los primeros problemas con que nos tropezamos al intentar llevar a la práctica estos principios es el de la valoración y selección de los elementos que van a formar parte del modelo. Quizá la forma más adecuada de categorizar en esta línea los rasgos o complejos de rasgos que provee el registro arqueológico sea señalar en cada caso la importancia y límites de las tradiciones culturales, el grado de «universalismo» de cada elemento y su funcionalidad adaptativa dentro del contexto en que aparecen. Para ello hay que considerar a la cultura como un sistema de articulaciones entre variables relacionadas y dirigidas u orientadas a una mejor adaptatividad social y ambiental. La persistencia o la difusión de un rasgo es un problema histórico y procesal, porque no puede considerarse como un fenómeno aislado. Si nos atenemos a ello, su interpretación sólo puede hacerse en términos de relaciones dinámicas intrasociales, tanto en la cultura expansiva como en la receptora.

La discusión puede centrarse después en si el elemento difundido debe satisfacer una necesidad del grupo receptor para ser aceptado. Desde luego que el análisis no puede llevarse a cabo exclusivamente en términos de necesidades primarias, puesto que parece más probable que en estos casos la respuesta sea siempre positiva, excepto en las ocasiones en que la distorsión estructural consecuente superase los límites permisibles. Si el elemento satisface necesidades de otro nivel, mejor que los existentes o simplemente llenando un vacío, su aceptación estará directamente relacionada con la «fuerza» de esa necesidad balanceada por las condiciones estructurales. Ahora bien,

con frecuencia la necesidad no existe previamente, sino que es creada por la propia aparición del elemento y las connotaciones de prestigio de sus portadores, o por los métodos de coacción física o ideológica que todo proceso de contacto asimétrico suele poner en juego. En este caso, actuarán automáticamente los mecanismos de valoración y defensa de la sociedad receptora, interiorizados o no, ofreciendo soluciones de resistencia o acatamiento según las perspectivas inmediatas y futuras.

En resumen, el estudio de un proceso de aculturación debe cubrir tres etapas: observación, planteamiento de hipótesis y comprobación. Desgraciadamente, en el caso de los múltiples procesos de contacto cultural directo y continuado inducidos por los incas tras la formación del Tawantinsuyu, no se ha pasado todavía de la observación de las modificaciones consecuentes en algunos elementos de la cultura material. Desde hace décadas se viene advirtiendo la influencia de la cultura cuzqueña en aquellas otras que ocupaban extensas regiones del Ecuador, Argentina o Chile, pero, más allá de constatar vagamente este hecho, o de enumerar los rasgos estilísticos prestados, poco se ha avanzado en el camino de la comprensión y explicación de estos importantes fenómenos.

Parece claro que una de las razones fundamentales de este estado de cosas es el propio momento en que se encuentra la investigación arqueológica del Horizonte Tardío. Como sucede con otras altas culturas que se enfrentaron a la invasión española durante la primera mitad del siglo XVI, se ha preferido por lo general estudiar a los incas a través de la abundante documentación escrita por los europeos, marginando el trabajo de exploración arqueológica que hubiera en no pocas ocasiones corregido o verificado las descripciones de los funcionarios o viajeros coloniales. Y, si en el caso de los incas los ricos materiales históricos justificaban en cierto modo el abandono de los arqueólogos, en lo que respecta a los distintos grupos que integraron el Tawantinsuyu la investigación se ha dirigido predominantemente a la caracterización de las manifestaciones locales, olvidando con frecuencia el momento final en que las viejas tradiciones pierden definitivamente su independencia.

El problema se complica si tenemos en cuenta que el último siglo de autonomía indígena en el área andina presencia, junto a los repetidos casos de contacto cultural y como causa esporádica de ellos, un fenómeno reiterado de movimiento de pueblos que tiene su origen en la misma presión ejercida por la conquista incaica. No sólo los *mitimacuna* desfiguran el panorama de ordenación espacial al que se había llegado en el período precedente, sino que la transgresión de las fronteras políticas y culturales va seguida en ocasiones por la mudanza de las poblaciones hacia lugares estratégicos en los que ensayar la resistencia a los ejércitos del Inca. Aunque ciertos modelos

insistan en presentarla así, la movilidad espacial no es, por tanto, únicamente producto de la ampliación de la escala de explotación del medio, sino resultado de la aplicación unilateral de una idea de imperio particular y compleja, que supone cambios profundos en los sistemas sociales dominados, y dislocaciones territoriales semejantes en cierto modo a las que originaría más tarde la cristalización de los patrones coloniales españoles.

Tratando de evaluar algunos de los procesos de aculturación a que estamos haciendo referencia, y en tanto no dispongamos de informes más detallados sobre los contextos arqueológicos en los que se advierte el fenómeno, tomaremos sólo algunos rasgos de los más sensibles a las influencias, y especialmente la cerámica, como testigos de la dirección y fuerza del contacto en varias regiones andinas. Forzosamente, nuestras apreciaciones serán parciales e inseguras pero, al menos desde la panorámica de las culturas receptoras, quizá logremos poner de manifiesto la importancia del impacto aculturador en el ritmo de cambio de las sociedades preincaicas.

EL CASO DE INGAPIRCA

Veamos con alguna precisión el caso de un sitio ecuatoriano, posible capital de la etnia cañari, Ingapirca, en el que una Misión Española ha realizado excavaciones durante los últimos años (cf. Rivera, 1976). Se trata de un yacimiento con varios conjuntos de estructuras arquitectónicas y otros restos culturales, situado a 3.200 m. de altitud en la provincia ecuatoriana de Cañar. El lugar, elevado sobre abruptas quebradas, es idóneo para la ocupación incaica, y desde antiguo se había sugerido tal posibilidad en base especialmente a las descripciones de un edificio de planta elipsoidal conocido como el «Castillo», construido con bloques regulares y perfectamente ensamblados dentro de la mejor tradición cuzqueña. Ya Collier y Murra (1943) vieron en la cerámica ciertas formas incaicas con tratamiento superficial y decoración locales, pero en realidad parece que en Ingapirca, como en Chontamarca, la cerámica aborígen llamada cashaloma sufre apenas una leve influencia incaica. Según la clasificación preliminar de Meyers (1971), los tuestos resultan en su mayoría anteriores al Horizonte Tardío, con algunos ejemplos inca-cañari. Cueva (1971: 224), por su parte, apunta que de 7.621 fragmentos recogidos en el sector de la quebrada de Intihuaico, sólo un 13 por 100 son propiamente incaicos, mientras que un 19 por 100 son inca-cañari y el resto sigue una larga secuencia que se inicia al parecer en el Formativo Tardío. De estos materiales, un 49 por 100 de fragmentos cerámicos se clasificaron como cashaloma del período de Integración, dándose el interesante fenómeno de que «en un estrato superior de uno de los cortes encontramos

un renacimiento en la cerámica cashaloma, luego de la ocupación incaica», de lo que deduce el autor que la anexión política al Tawantinsuyu no fue lo suficientemente decisiva como para acabar con la tradición cultural cañari: «apenas desplazado el invasor, volvió por sus fueros la tradición del grupo humano sojuzgado» (Cueva, 1971: 225). Los trabajos del equipo español han ratificado parcialmente las conclusiones de Cueva. En las excavaciones de los años 74 y 75 la frecuencia de tuestos «mestizos» inca-cañari o cashaloma-cuzco es muy baja, y las influencias tecnológicas o estilísticas son muchas veces imperceptibles, centrándose en ofrendas asociadas a recintos construidos próximos a el Castillo que sólo lejanamente recuerdan la morfología de las series imperiales.

De gran interés para delimitar el grado de interpenetración de las culturas inca y cañari es el análisis metalográfico realizado sobre varias decenas de objetos procedentes de enterramientos y lugares de habitación dentro del perímetro conocido de Ingapirca. Escalera y Barriuso (1978: 42-43) llegan a las siguientes conclusiones: dos objetos hallados en el área supuestamente residencial contienen tan alto porcentaje de estaño junto con el cobre original que pueden ser identificados como bronce. Estas piezas son, además, las únicas hechas mediante fundición sin forja posterior. Como varios autores coinciden en afirmar que la utilización del estaño en el Ecuador no comenzó hasta la expansión incaica, es posible que los mencionados objetos, una aguja fragmentada y una especie de alfiler con cabeza redonda estriada, pueden fecharse en este horizonte cultural. Esto probaría, a nuestro parecer, la muy limitada y tenue influencia de la tecnología aportada por los dominadores sobre las costumbres y prácticas artesanales nativas, hecho de carácter significativo si, como pensamos, se trata de artefactos usados comúnmente por las mujeres de cierto rango.

La observación superficial de los conjuntos arquitectónicos excavados en Ingapirca permitiría deducir la naturaleza del sitio como relacionado con, o polarizada en torno de, actividades ceremoniales en un contexto claramente incaico. En efecto, Alcina (1978), que describe el edificio principal, lo interpreta como un *ushnu* con templo dedicado al Sol en la plataforma superior; y del grupo llamado de La Condamine afirma que es una estructura cuyo aspecto general se parece a otras construcciones incaicas. Y, sin embargo, no sólo la inmensa mayoría de la cerámica asociada a estas construcciones es de estilo cashaloma, sino que la totalidad de los 29 enterramientos individuales descubiertos en el segundo de los sectores es de miembros de la etnia local, según puede inferirse del tratamiento de los cadáveres y de las ofrendas funerarias.

Hasta tal punto quedan difuminados los rasgos incaicos en los materiales excavados, que Alcina (1978: 140) se ve obligado a suponer que

el complejo de La Condamine es de época cashaloma y que pudo albergar a servidores o mujeres dedicados a la huaca o templo que los indígenas mantenían en el emplazamiento ocupado más tarde por el Castillo. Por el contrario, el tercero de los conjuntos arquitectónicos, denominado Pilaloma, recinto amurallado que encerraba ocho habitaciones ordenadas según un planeamiento específico, presentaba fuerte evidencia de ocupación inca, sobre todo en la habitación F, donde varios fragmentos de grandes vasijas para almacenar alimentos o líquidos, pudieron clasificarse como de estilo netamente cuzqueño. Pero precisamente en este sector se descubrió una tumba colectiva, la más importante investigada hasta ahora en el sitio, cuyas características son todavía más claramente cañaris que las de La Condamine.

Como puede apreciarse, sin una metodología diseñada concretamente para abordar el problema del contacto cultural en un yacimiento como Ingapirca, y de la que surgiera una estrategia de excavación orientada explícitamente a resolverlo, no podrá avanzarse en el estudio de tan interesante tema. Y no es suficiente afirmar con los cronistas que los incas procuraron mantener el orden de las creencias autóctonas en los territorios conquistados, incluso prescribiendo sustentos adicionales para los viejos adoratorios y reedificando huacas y pacarinas (cf. Cobo y Fresco, 1978: 158), porque esta política, que hospedaba a los dioses étnicos bajo el manto del sistema religioso oficial, aparte de la mejor defensa de los intereses económicos imperiales, abría ineludiblemente una serie de procesos de contacto que, precisamente por canalizarse hacia el terreno de la ideología que legitimaba y daba respaldo a la estructuras de poder, eran más conflictivos. De la arquitectura y la cerámica cuzqueña en Ingapirca hay que deducir necesariamente la presencia allí del Estado inca, y, como afirma Meyers (1976: 185), la ausencia de estilos mixtos no debe ser vista siempre y solamente como «barómetro» para medir la intensidad de esa presencia, sino que más bien el síntoma decisivo puede ser la densidad de hallazgos de piezas del estilo imperial, tanto en lo que se refiere a ruinas como a objetos muebles. Mientras no conozcamos mejor la arquitectura cañari, la única hipótesis fundada es que tanto el Castillo, del más puro estilo cuzqueño, como La Condamine, que tiene tantos paralelos en otras áreas del Tawantinsuyu, como Pilaloma, con un sentido típicamente incaico de distribución del espacio¹, deben adscribirse al período de ocupación inca de la sierra ecuatoriana y que probablemente constituyan un enclave sustancial del aparato religioso-administrativo estatal del área de Cañar². Hay que concluir que la

¹ Véase, por ejemplo, la reconstrucción ideal del Coricancha de Cuzco publicada por Ballesteros en la *Revista Española de Antropología Americana*, página 261, del volumen de 1978.

² Quizá en el mismo sentido en que fueron focos de tales actividades Pachacamac o los santuarios del Titicaca.

trinidad de elementos: templo del Sol, *acllahuasi*, y almacenes, tan característica del sistema de dominación inca, parece estar presente en Ingapirca, y también que, no obstante lo anterior, y las fuertes presiones e influencias procedentes de la cultura dominante, la tradición local logró preservar gran parte del sentido simbólico y funcional de los complejos materiales a través de los que se expresaba.

Con todo ello, se pueden elaborar algunas hipótesis que tomarían, a nuestro entender, estas formas principales:

1. Los incas establecen en Ingapirca un centro de control económico, militar y administrativo, identificado en los conjuntos arquitectónicos de estilo propiamente cuzqueño.

a) Permanecen las élites locales, transformadas en una burocracia provincial, y la organización social anterior. Las manifestaciones culturales preincaicas perduran en sus significados característicos, con la adopción de algunos elementos (objetos, costumbres o pautas estilísticas) que son armónicamente incorporados a la cultura nativa debido al relativo prestigio y a la coacción de los dominadores.

b) Algunos de los ítems incaicos aparecen influidos por la cultura local.

2. La resistencia de los grupos ecuatorianos produce una situación de conquista por la fuerza y la supresión de determinadas manifestaciones preincaicas, especialmente las que emanan o se dirigen a las minorías de poder que son desplazadas o sustituidas por el aparato incaico.

a) Perduran únicamente los elementos autóctonos de tipo popular, con ligeras modificaciones debidas al prestigio de la cultura foránea.

3. Los grupos conquistados son trasladados y sustituidos en parte por gentes traídas de otras zonas del imperio.

a) Se pierden muchos rasgos de la cultura local, especialmente de la subcultura de la casta superior, que son reemplazados por otros extranjeros y en parte incaicos.

El registro arqueológico, hasta donde ha llegado por ahora el estudio de los materiales obtenidos de las excavaciones y demás datos adicionales, parece confirmar la primera de las formulaciones hipotéticas. Como hemos visto, existe un importante complejo arquitectónico de

tipo incaico, que posiblemente reúne los caracteres de santuario, fortaleza, centro administrativo y tambo, y sus concomitancias con otros monumentos en el área nuclear del imperio apoyan este supuesto. Desde luego que muchas de las manifestaciones de la tradición cañari, incluso las relacionadas con los segmentos dirigentes, mantienen su vigencia en tiempos de la invasión, aunque algunos objetos de uso personal adoptan formas incaicas. Es menos segura, sin embargo, la influencia local sobre los incas, al menos en la escasa muestra de piezas peruanas de que disponemos.

Por otra parte, sabemos documentalmente que los cañaris opusieron tenaz resistencia a los ejércitos cuzqueños, y también que varios miles fueron trasladados a la región del Cuzco donde, todavía en tiempos de la colonia, mantenían fielmente sus viejas tradiciones. Consecuentemente, el proceso de contacto tiene otras ramificaciones que es preciso desentrañar, lo cual no será factible hasta poseer muchas de las claves aún ocultas: ¿cuántos y qué clase de funcionarios incaicos habitaron Ingapirce?, ¿qué patrón de asentamiento predominaba en la zona durante el período de integración?, ¿cuál era exactamente la subcultura del grupo cañari?, ¿hasta qué punto se mantuvo la estructura y relaciones jerárquicas preincaicas? Estas y otras cuestiones requieren de investigación en el marco del enfoque teórico al que nos hemos referido en las páginas anteriores.

OTRAS SITUACIONES

A conclusiones parecidas llegaríamos examinando los casos de aculturación en otras regiones del Tawantinsuyu. En Bolivia, por ejemplo, donde las exploraciones de Ryden aportan abundante material comparativo de los sitios de Tiwanaku, Wancané, Sollkatiti, Kala Sayani, etc. (Ryden, 1947). O en el noroeste argentino, al que se refieren los trabajos de González y Pérez (1966), Márquez Miranda (1954), René Lafón (1956), o Deambrosis y De Lorenzi (1973). Aquí, como en Chile, es precisamente en la decoración de la cerámica donde se advierten de manera inmediata los indicios de contacto cultural, y se hace patente el fenómeno de la mezcla de estilos, formas y motivos, predominando no obstante los diseños autóctonos, como si la imitación de las formas de los recipientes llenara una necesidad funcional creada por el proceso de aculturación, mientras que en los diseños se hubieran refugiado las pautas tradicionales cuya modificación no hallaba suficiente apoyo en el prestigio de los símbolos extranjeros. Este aspecto, observado ya por Meyers (1976), permite inferir, de guiarnos exclusivamente por las cerámicas, que la influencia cultural inca se expresa en razón de motivaciones económicas y políticas, mientras que el contexto de ideas y valores del que formarían parte las creencias religiosas y los estilos

artísticos en sus rasgos más simbólicos, permaneció ceñido a las constantes de cada tradición local.

Un caso diferente es el de la ocupación incaica de las áreas de bosque tropical lluvioso. Algunos casos de posibles asentamientos de colonos organizados militarmente, que desalojan o se insertan en las etnias locales, han sido señalados para la ceja de selva peruana, principalmente en la región que se extiende entre Vilcabamba y Apurímac. Esta ocupación debió abordarse con tácticas particulares, y este hecho se puede detectar seguramente en los fenómenos de influencia estilística sobre las cerámicas aborígenes, al igual que en los resultados finales de los respectivos procesos aculturadores en su conjunto. Y lo mismo habría que decir de la invasión del desierto costero, de la cual podemos también tomar como *síntoma* la presencia de alfarería incaica o inca-chimú. En esta ocasión, el grado de asimetría o reciprocidad de la aculturación guarda relación con el tipo de organización del territorio por los cacicazgos del Intermedio Tardío, aunque, en última instancia, no parece haber en la región costera otros centros de difusión de la cultura cuzqueña que los núcleos urbanos o semiurbanos, como La Centinela en el valle de Chíncha, Lima la Vieja y Tambo Colorado en el de Pisco o Viejo Ica en el de Ica, mientras que el ámbito rural conserva mejor sus tradiciones o se ve menos afectado por la nueva situación sociopolítica.

Una primera conclusión a que nos llevaría el estudio de la influencia inca a través de la cerámica es que aquella se encuentra en proporción inversa al nivel de desarrollo e integración de la sociedad receptora. Según esto, las expectativas serían de hallar formas y diseños cuzqueños en recipientes no importados más abundantemente en las regiones habitadas por entidades sociales organizadas tribalmente, o con escasa concentración de riqueza y poder, estratificación difusa, bajo excedente económico y realizaciones materiales poco complejas: ausencia de monumentalismo arquitectónico, tecnología poco evolucionada, etc. Si admitimos que, en parte, la resistencia al cambio se relaciona en sentido inverso con el prestigio que logran los incas entre las poblaciones conquistadas, entonces un buen índice para medir ese prestigio, y la dirección de la aculturación, puede ser el contraste entre los diferentes logros materiales e ideológicos.

Gracias a los análisis ceramográficos podemos sugerir, tras las respectivas situaciones de contacto, cambios culturales importantes en la zona de Cuzco, ligeras modificaciones en la costa norte peruana, fuertes supervivencias de la tradición autóctona en la costa sur, una profunda reorganización estructural en el área del Titicaca, yuxtaposiciones esporádicas en el Ecuador con vigencia permanente de los patrones preincaicos, transformaciones de menor entidad en Argentina y Chile con predominio de los sistemas simbólicos locales, y todo ello en multitud de combinaciones en las que intervienen factores de muy

diversa índole. Sea como fuere, esta clase de aproximaciones simplificadas se verán superadas a medida que avance la investigación. Los fenómenos de aculturación son complejos, y las formulaciones sencillas derivadas de las primeras observaciones en parcelas de la cultura material, como la cerámica o los enterramientos, se suelen convertir en el momento de comprobar las hipótesis en indicadores previos y elementales del cambio cultural.

Lo mismo sucede, aunque en otro sentido, con los ocho modelos teóricos propuestos por el Seminario reunido en Harvard en 1955 (Lathrap, 1956); su clasificación de las situaciones de contacto, en torno a los conceptos de unidades de rasgos y unidades de sitio, ha sido ya utilizada por Núñez Regueiro y Tarragó (1972) para el área andina. En los ensayos publicados en 1956 se mencionaban los procesos de influencia inca en el valle de Chíncha como ejemplo del modelo o tipo A3 (fusión con predominio de la cultura intrusiva), y en el valle de Ica como ejemplo del tipo A4 (fusión seguida del resurgimiento de la cultura residente; proposición teórica semejante a la que apuntábamos para el sitio ecuatoriano de Ingapirca, el cual, por diversas razones, vendría a constituir un interesante paralelo con el de Tajaraca en Ica), pero, a poco que profundicemos en trabajos como el de Dorothy Menzel (1959), veremos cómo la ausencia en origen de una problemática explícita sobre el caso de aculturación, y de la metodología que hubiera resultado apropiada para resolver tales cuestiones, resta entidad a las fuentes arqueológicas y limita el uso que pueden hacer de esos datos los estudiosos interesados en la explicación de los fenómenos de contacto. En esta ocasión, como en otras, la postura óptima es la del arqueólogo que oriente desde el principio su trabajo hacia la resolución de los problemas concretos, estimando en este sentido las técnicas de muestreo y la búsqueda y selección de los datos. No se trata, por ejemplo, de tomar las observaciones de Lumbreras (1969: 322 y ss.) y procurar ajustarlas en casillas previamente concebidas, sino de construir esas casillas partiendo de los resultados de un trabajo de campo planeado de antemano con ese fin. Los pasos siguientes, de contrastación por medio de las necesarias implicaciones, y verificación o falsación de la hipótesis, no contienen dificultad alguna si la exploración se ha llevado a cabo rigurosa y sistemáticamente.

Desde luego que se pueden emplear diversos instrumentos conceptuales acordes con los intereses y la orientación teórica general del investigador, como el de niveles de integración sociocultural que Steward (1955) aplica precisamente al estudio de los cambios producidos en el Imperio inca bajo la dominación española, y mediante el que llega a poner de manifiesto cómo la cultura nativa se vio afectada más radicalmente en el nivel nacional que en otros más bajos. Cuanto más ricas y variadas sean las perspectivas desde las que se aborde el

fenómeno de la aculturación, como un aspecto particular del cambio en las culturas arqueológicas, mayores beneficios obtendrá la investigación del pasado humano. En el caso del Tawantinsuyu, disponemos de un laboratorio único, cuyas dimensiones garantizan no sólo la abundancia de datos, sino igualmente la posibilidad de acercamiento a través de los distintos enfoques, funcionalistas, ecológicos o sistémicos, en los que se mueve la moderna arqueología.

BIBLIOGRAFIA

- ALCINA FRANCH, José:
1978 Ingapirca: arquitectura y áreas de asentamiento. *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 8, pp. 127-146. Madrid.
- COLLIER, Donald, y MURRA, John V.:
1943 *Survey and Excavations in Southern Ecuador*. Field Museum of Natural History Anthropological Series. Vol. 35. Chicago.
- CUEVA JARAMILLO, Juan:
1971 Descubrimientos arqueológicos en Ingapirca. *Revista de Antropología*. Número 3, pp. 215-226. Cuenca.
- DEAMBROSIO, María Susana, y Mónica de LORENZI:
1973 La Influencia Incaica en la Puna y Quebrada de Humahuaca, República Argentina. *Revista del Instituto de Antropología*. T. IV, pp. 129-140. Córdoba.
- ESCALERA, Andrés, y María Angeles BARRIUSO:
1978 Estudio científico de los objetos de metal de Ingapirca (Ecuador). *Revista Española de Antropología Americana*. Vol. 8, pp. 19-47. Madrid.
- FRESCO, Antonio, y Wania COBO:
1978 Consideraciones etnohistóricas acerca de una tumba de pozo y cámara en Ingapirca (Ecuador). *Revista Española de Antropología Americana*. Volumen 8, pp. 147-161. Madrid.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex, y José Antonio PÉREZ:
1966 El Area Andina Meridional. XXXVI Congreso Internacional de Americanistas: *Actas y Memorias*. Vol. I, pp. 241-265. Sevilla.
- LAFON, Ciro René:
1956 El Horizonte Incaico en Humahuaca. *Anales de Arqueología y Etnología*. Tomo XII, pp. 63-74. Mendoza.
- LATHRAP, Donald W. (Ed.):
1956 An Archaeological Classification of Culutre Contact Situations. En *Seminars in Archaeology, 1955. Memoirs of the Society for American Archaeology*. Número 11, pp. 1-30. Salt Lake City.
- LUMBRERAS, Luis Guillermo:
1969 *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú*. Lima.
- MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando:
1954 *Zona Meridional de América del Sur*. Programa de Historia de América, I, 10. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- MENZEL, Dorothy:
1959 The Inca Occupation of the South Coast of Peru. *Southwestern Journal of Anthropology*. Vol. 15, pp. 125-142. Albuquerque.
- MEYERS, Albert:
1971 *Clasificación preliminar de la cerámica de Ingapirca*. Excavación II. Manuscrito en el Museo del Banco Central del Ecuador. Quito.
1976 *Die Inka in Ekuador*. Bonner Amerikanistische Studien. BAS 6. Bonn.

- NÚÑEZ REGUEIRO, Víctor A., y Myriam N. TARRAGO:
1972 Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología*. Número 1, pp. 36-48. Cachi.
- RIVERA DORADO, Miguel:
1975 Modelos de Aculturación en Arqueología. *Primera Reunión de Antropólogos Españoles*, pp. 71-78. Sevilla.
1976 Arqueología de Ingapirca (Ecuador): Informe preliminar. *Acta Praehistorica et Archaeologica*, 4, 1973/1, pp. 235-240. Berlín.
- RYDEN, Stig:
1947 *Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia*. Göteborg.
- STEWART, Julián H.:
1955 *Theory of Culture Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. University of Illinois Press. Urbana.